
SERMONES

PARA EL

MES DE MARÍA.

SERMON DE PREPARACION.

Para celebrar dignamente este mes, consagrado á María Santísima, deben presidir el pensamiento, y la resolución de enmendar la vida, y adelantar en la virtud para conseguir la felicidad eterna.

*Ego mater pulchræ dilectionis,
et timoris, et agnitionis, et sanctæ spei.*

Yo soy la madre del amor hermoso, y del temor, y de la ciencia, y de la santa esperanza.

Ecco. xxiv. 24.

«Salve, brillante estrella del mar, Madre Santísima de Dios, Virgen siempre inmaculada, puerta dichosísima del cielo, salve. Tú, Señora, oíste un día de Gabriel aquel *Ave* venturoso que, cambiando en él el de Eva, establece la paz en nuestras almas. Desata, pues, las cadenas que nos esclavizan; ilumina á los ciegos en la noche tenebrosa de sus errores; aleja de nosotros los males que nos oprimen, y alcánzanos los bienes que necesitamos. Muestra que eres nuestra dulce Madre, y lleguen tus plegarias hasta el trono esplendoroso de Aquel que nació de tí para nuestra salud. Tú, Virgen sin igual, la más dulce entre todas, libranos de la culpa, y alcánzanos la mansedumbre y la castidad; renueva nuestra vida haciéndola pura, y prepáranos el camino seguro

del cielo, para que, viendo en él á Jesus, nos alegremos con gozo sempiterno;» *ut videntes Jesum semper collættemur.*

¡Ah! dejad, A. H. M., que mi primera palabra al comenzar estos piadosísimos ejercicios sea una palabra de amor y de saludo, de admiracion, de súplica y de confianza dirigida á la «Madre del amor hermoso, del temor saludable, de la verdadera ciencia, y de la santa esperanza,» á la benditísima María, verdadera Madre de Dios, y Madre nuestra muy querida. ¡Es tan grato pronunciar el dulcísimo nombre de María! ¡Es tan consolador invocarla en nuestras necesidades! y lleva tantas esperanzas al corazon del cristiano la invocacion que de lo íntimo del alma se la dirige, que yo no he podido menos de anticiparme á vuestros deseos, dirigiéndola ese grandioso y sublime himno con que el melifluo doctor S. Bernardo la saludaba en la expansion de su fervorosa devocion, y que la Iglesia ha adoptado en casi todas las solemnidades de esta Señora para enaltecerla y hacerla propicia á sus necesidades y á sus súplicas.

En efecto, A. H. M., ¡qué bello pensamiento ha sido consagrar todo un mes al culto de la Santísima María para recordar sus prerogativas y sus virtudes, sus misericordias y su valimiento! Porque con este recuerdo de gratas y sublimes emociones, la inteligencia descubre las eternas verdades de la fe católica que disipan las tinieblas de la ignorancia y de los errores. El corazon se complace dulcemente en las virtudes heróicas, en los sentimientos santísimos que brotan, cual de fecundo y cristalino manantial, del corazon de María, y el alma toda se complace en la consideracion de la Mujer bendita entre todas las mujeres, de la Madre mas cariñosa entre todas las madres, de la Esposa mas fiel y prudente entre todas las esposas, de la Hija mas sumisa y humilde entre todas las hijas, de la Criatura mas privilegiada y santísima entre todas las criaturas, para alcanzar bajo su patrocinio aquella felicidad esenta de temores, no turbada

por los deseos que nos inquietan en la tierra, y que cumplidamente satisface todas las aspiraciones legítimas de nuestro pobre corazon.

Ved, A. M., como se relacionan sin violencia en estos venerandos cultos que vamos á tributar por espacio de un mes á la Madre de Dios, las glorias inefables de María, sus innumerables bondades para con nosotros, y sus altísimas prerogativas, con la necesidad que tenemos de moderar nuestras inclinaciones viciadas, corregir nuestros defectos, reparar nuestras indiscreciones y nuestros pecados; con la necesidad de adquirir las virtudes cristianas, fomentar nuestros buenos y santos propósitos que el Señor nos inspira, y progresar sin descanso en los adelantos verdaderos de la perfeccion á que somos llamados; con la necesidad, en fin, de lograr aquella dicha que inútilmente nos empeñamos en encontrar sobre una tierra maldecida, que es lugar de nuestro destierro, y que solo se halla en la pátria, en el lugar del descanso eterno y de la luz indefectible, que es la Jerusalem viviente de Dios, el cielo. Bien comprendereis que para existir estas santas y admirables armonías, se necesita que María sea lo que es con relacion á Dios y á nosotros, «la Madre del amor hermoso, y del temor, y de la ciencia, y de la santa esperanza:» *ego Mater pulchræ dilectionis, et timoris, et agnitionis, et sanctæ spei.*

Pues bien, A. H. M.; fijémonos en esta idea tan consoladora que la fe nos enseña, y como preparacion á los santos ejercicios que mañana hemos de comenzar, y como fundamento de ellos en todos los dias del hermoso mes de las flores que consagramos á María, Madre del amor hermoso, hagamos ver que para celebrar dignamente este mes venturoso, debemos proponernos este pensamiento y formar esta firme resolucion: enmendar nuestra vida con el santo temor de Dios que María nos inspira; *ego mater timoris*: adelantar en la virtud con la ciencia de Dios que María nos enseña;

ego mater agnitionis: aspirar á la felicidad eterna á que María nos alienta con santas esperanzas; *ego mater sanctæ spei*; y estad seguros que estos piadosos ejercicios han de ser de grande gloria para Dios, de mucho honor para María, de incalculable utilidad para nosotros.

¡Que así suceda, oh Virgen bendita, Madre y Señora nuestra! y para ello, dignate alcanzarnos los eficaces auxilios que todos necesitamos, y aceptar bondadosa la salutación de Gabriel que siempre te es agradable, y á nosotros provechosa cuando la repetimos llenos de fervor.

AVE MARÍA.

I.

Nunca agradeceremos bastantemente la providencia paternal de nuestro Dios «suscitando bajo el árbol del paraíso en que fué corrompida nuestra primera madre» á la Santísima María para que fuera Madre de todos los hombres, enriqueciéndola con todo linaje de gracias y celestiales bendiciones. Porque ello es, A. H. M., que todos los hombres necesitamos de los elocuentes ejemplos de santidad, y del patrocinio eficacísimo de María, ora nos hallemos en pecado y deseemos purificarnos de la culpa; ora tratemos de adquirir virtudes una vez purificados: ora en fin anhelemos «unirnos á Dios hasta llegar á ser un mismo espíritu con Él,» como dice el Apóstol: *qui autem adhæret Domino, unus spiritus est*. Tres estados en que hemos de encontrarnos durante nuestra peregrinación, y según los grados de nuestra vida espiritual á los que los maestros de espíritu han clasificado con los nombres de vía purgativa, vía iluminativa y vía unitiva, estenso campo que con el auxilio del cielo vamos á recorrer en nuestras ulteriores meditaciones, y en el que admiraremos la acción prodigiosa de nuestra benditísima

Madre para favorecernos con sus auxilios, porque es «la Madre del amor hermoso, y del temor, y de la ciencia, y de la santa esperanza:» *ego mater pulchræ dilectionis, et timoris, et agnitionis, et sanctæ spei*. Limitémonos hoy á ligeras indicaciones de esas tres importantísimas verdades que debemos proponernos para celebrar santamente el mes de María nuestra Madre.

No tiene duda, A. H. M., que el hombre desgraciadamente se pone en oposición con su Dios con harta frecuencia cometiendo el pecado. Para llegar á ese estado lamentable, no tiene disculpa que pueda atenuar la malicia de su corazón; y las consecuencias de su alucinamiento son demasiado funestas para no temerlas, y por lo tanto para dejar de evitarlas. Oigamos y si no al apóstol Santiago cómo desvanecen nuestras frívolas excusas en la comisión del pecado, y como nos hace ver la progresión funestísima de sus consecuencias: «Nadie diga cuando fuere tentado, cuando fuere solicitado al mal, que es tentado, que es solicitado por Dios para cometerlo; porque Dios no intenta los males, ni tienta á ninguno. Dios no inclina á los hombres para que sean malos. Cada uno es tentado, arrastrado y halagado de su concupiscencia; y la concupiscencia después que ha concebido, esto es, cuando la voluntad se detiene en algún placer, y da su consentimiento á las sugerencias de la concupiscencia, esta da á luz el pecado, incurre en él; y el pecado cuando se consume, engendra la muerte, la muerte más temible que es la del alma:» *peccatum vero cum consummatum fuerit, generat mortem*.

La situación del pecador entonces es horrible; se halla en lucha consigo mismo, porque su conciencia le arguye, le reconviene con dureza y continuamente; se halla en lucha también con Dios, y su mirada apenas se atreve á fijarse en el cielo, temeroso de encontrar en él el castigo que merece. ¡No permita el Señor en su grande misericordia que el peca-

dor, desesperando de «esta misericordia que llena toda la tierra,» llegue á desconfiar de su salvacion, y se precipite en los abismos insondables de la desesperacion de los réprobos! Antes bien medite en su estado para salir de él con el divino auxilio, decidiéndose á hacer una conversion muy perfecta, «empleando sus potencias en procurar la justicia y la santidad con aquella diligencia que antes la empleó en servir á la maldad,» como dice el Apóstol: *nunc exhibete membra vestra servire justitiæ in sanctificationem*, y «buscando al Señor diez tantos más cuando de nuevo se convirtiere,» segun añade el profeta Baruch: *decies tantum convertentes requiretis eum*, y como lo practicaron María Magdalena y la Samaritana, Zaqueo y Saulo, el grande Agustin, y tantos otros célebres penitentes.

Para dar cima á esta obra gloriosa de santificacion, «que causa la alegría de los ángeles en el cielo, porque es la obra de la conversion á Dios de un pecador,» necesita el hombre la penitencia, pues de no practicar esta, se sigue infaliblemente la muerte eterna; y la penitencia, de cualquiera manera que se la considere, exige imperiosa y necesariamente entre otras condiciones el amor de Dios, aquella santa caridad que nada tiene de comun con los amores de la tierra, por la que el pecador aborrece el pecado, no solamente porque por él merece un castigo, sino porque es ofensa á Dios, tan bueno y perfectísimo; así como el temor de este mismo Señor, «aquel temor que aborrece el pecado,» como leemos en los Proverbios; «aquel temor que espele el pecado, y sin el que el hombre no podrá justificarse,» en expresion del Eclesiástico; porque «los que temen al Señor aparejarán sus corazones, y delante de Él santificarán sus almas,» como leemos en otro lugar de ese sagrado libro.

Pues bien: no olvidadlo jamás, M. A. H., María es «la madre del amor hermoso, y del temor saludable:» *ego mater pulchræ dilectionis, et timoris*; y si es cierto que «de la

raiz de Jessé saldrá una vara, y de su raíz brotará una flor, diré con S. Buenaventura, y reposará sobre esta flor, que es Cristo, el Espíritu de sabiduría y de entendimiento, etc. cualquiera que desee conseguir la gracia septiforme del Espíritu Santo, busque esta flor del Espíritu Santo en la vara; por la vara llegamos á la flor, y por la flor al Espíritu que en ella reposa. Por María nos acercamos á Cristo, y por Cristo encontramos la gracia del Espíritu Santo.» Y el ilustre abad de Claraval, dirigiéndose á esta Santísima Señora, ha pronunciado estas palabras que tantas esperanzas y tan gratas consolaciones entrañan: «Por tí tenemos acceso al Hijo, oh inventora de la gracia, engendradora de la vida, madre de la salud, para que por tí nos reciba el que por tí nos fué dado:» *ut per te suscipiat nos, qui per te datus es nobis*. ¡Qué manantial tan fecundo de amor purísimo, y qué inagotable y muy rico tesoro de temor santo para el pecador que aspira á enmendar su vida, y purificarse de sus vicios! Con razon podemos decir ya que María es el refugio de los pecadores, porque es la Madre del amor hermoso y del temor: *ego mater pulchræ dilectionis, et timoris*. Pero es además la Santísima María, la madre de la ciencia que nos enseña todas las virtudes para que las practiquemos en la obra de nuestra santificacion: *ego mater agnitionis*.

II.

No basta, A. H. M., para ser dichoso sobre la tierra y para alcanzar la verdadera felicidad del cielo, haberse purificado de los vicios que degradan la dignidad de nuestra alma, «haberse apartado del mal,» como nos manda nuestro Dios por el Rey profeta. Es necesario tambien «practicar lo bueno; buscar la santa paz del corazon, aquella paz verdadera que es fruto del Espíritu Santo, y correr tras ella incesantemente;» *diverte á malo, et fac bonum: inquire*

pacem et perseguere eam. Esta es la profesion del cristiano, la divisa del justo, y la guía segura que nos acerca y nos hace gratos á Dios, la virtud, pero la virtud práctica. Sin el ejercicio de las virtudes no podemos progresar en los caminos de Dios, y nos hacemos semejantes á la higuera infecunda del Evangelio que es condenada á ser cortada y arrojada al fuego; nos parecemos al administrador que escondió en la tierra sus talentos, y al siervo inútil que fué condenado á las tinieblas exteriores, y seguimos la punible conducta de las virgenes necias que fueron excluidas de las bodas del Esposo, aunque castas, porque no tuvieron cuidado de alimentar con aceite sus lámparas, de conservar la caridad en sus corazones con el ejercicio de las virtudes.

¿Qué extraño será ya que animado yo por vuestro bien espiritual os invite santamente al propósito de practicar la virtud y adelantar en ella en estos piadosísimos ejercicios? ¡Ah! firmes en este saludable propósito, asistiendo á la escuela de María nuestra Señora, nuestra Madre y Maestra; Ella que es la madre de la ciencia, os enseñará prácticamente el origen celestial de las virtudes, su divina nobleza y los riquísimos blasones que las enaltecen; su condicion afable y su trato amoroso que las hace comunicativas, y aquellos magníficos y copiosísimos frutos de bendiccion que nos enriquecen con inefables y celestiales carismas de la gracia que llegan á hacernos muy dichosos. Porque sabed que en esta escuela cristiana, la Reina de los ángeles nos inspirará aquella ciencia divina de que es madre: *ego mater agnitionis*, y que en nada se parece á la «ciencia de los sábios, segun el mundo, que el Señor ha prometido destruir, como ha prometido desechar la prudencia falaz de los prudentes.»

Y á la verdad, A. M., ¿es poca cosa aprender aquellas virtudes que nos relacionan íntimamente con Dios y con nuestros hermanos los hombres, para tributar á este Señor los homenajes de que es digno, y al prójimo los obsequios,

las consideraciones y deberes á que tiene indisputable derecho? ¿Importa poco instruirnos tambien en aquellas virtudes que dicen relacion á nosotros mismos para llenar santamente los deberes á que estamos obligados, y cuyo cumplimiento nos hace verdaderamente dichosos? Pues no otra cosa nos enseñará María que con justo fundamento se llama la «madre de la ciencia de los santos: *ego mater agnitionis*, á quien desde luego podemos reconocer como un modelo perfecto del verdadero cristiano.

Considerada María como dechado perfectísimo de las virtudes cristianas en la vía iluminativa, así como la hemos considerado como refugio de pecadores en la vía purgativa, no podremos menos de recibir sus maternales enseñanzas, manifestándonos las altísimas excelencias de la fe cristiana, de aquella virtud que nos descubre dilatados horizontes que nuestra pobre razon no alcanza á penetrar, y que es el más firme apoyo en las vacilaciones de nuestro espíritu. ¡Ah! en la escuela de María aprenderemos á preservarnos del error, y á buscar los medios que nos libren de caer en esos escollos funestísimos donde tantas almas han naufragado. En esa escuela aprenderemos á esperar en el Señor, y esa esperanza santa será el bálsamo suavísimo que María derrame en las profundas heridas que laceran nuestro corazon. En esa escuela la Madre del amor hermoso nos enseñará á amar á Dios. Ella que tanto le amó siempre, y que á su amor purísimo supo agregar el respeto, la santa reverencia, y el culto venerando que le tributó sobre la tierra con mas fervor que los ángeles, de quienes es Reina, le tributan en el cielo. En esa escuela recibiremos elocuentes lecciones de María para amar tambien á nuestros hermanos los hombres; porque, ¿quién como esta Madre cariñosa supo jamás amarnos como Ella nos amó? ¿Quién como María comprendió tan perfectamente los sagrados é inquebrantables deberes de la caridad de Jesus para practicarlos en todas las situaciones y en to-